

VESTÍGIOS – Revista Latino-Americana de Arqueologia Histórica

Volume 14 | Número 1 | Janeiro – Junho 2020

ISSN 1981-5875

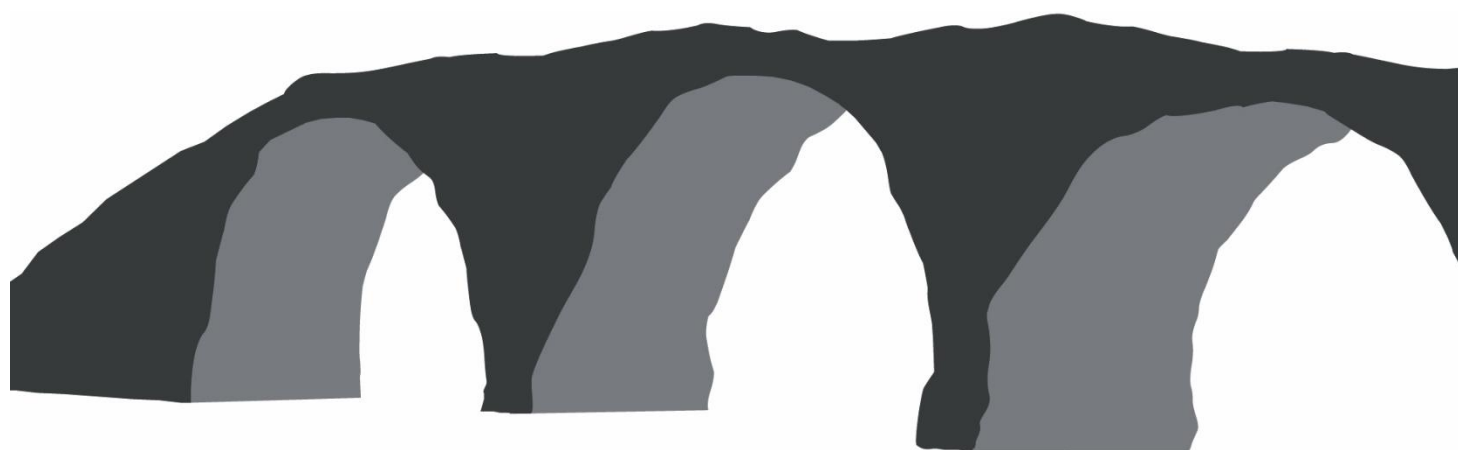
ISSN (online) 2316-9699

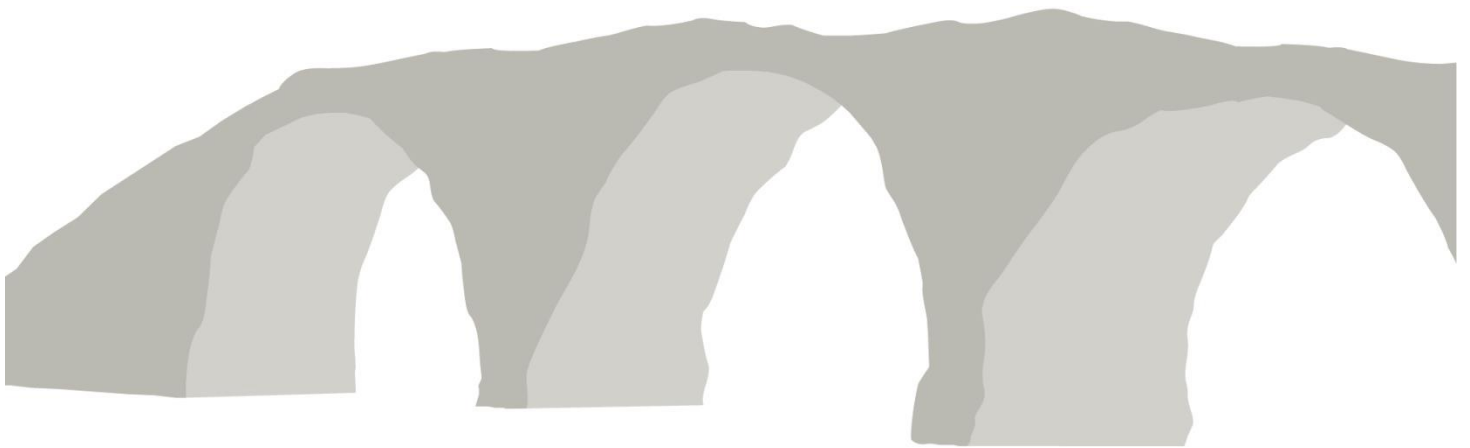
**LA IMPORTANCIA DE LOS OBJETOS INOCUOS: MATERIALIDAD
PROSAICA, VIDA COTIDIANA Y ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA**

**A IMPORTÂNCIA DOS OBJETOS INÓCUOS: MATERIALIDADE PROSAICA,
VIDA COTIDIANA E ARQUEOLOGIA HISTÓRICA**

**THE IMPORTANCE OF INNOCUOUS THINGS: PROSAIC MATERIALITY,
EVERYDAY LIFE, AND HISTORICAL ARCHAEOLOGY**

Paul R. Mullins





Publicado com permissão de la Society for Historical Archaeology. Publicación original: Mullins, P.R. The importance of innocuous things: Prosaic materiality, everyday life, and historical archaeology. En J.M. Schablitsky & M.P. Leone (Eds.) 2012 volume Historical Archaeology and the Importance of Material Things II. Missoula. MT: Society for Historical Archaeology. Pp: 31-44

Data de recebimento da tradução: 30/06/2020.

Data de aceite: 30/06/2020.

LA IMPORTANCIA DE LOS OBJETOS INOCUOS: MATERIALIDAD PROSAICA, VIDA COTIDIANA Y ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA¹

A IMPORTÂNCIA DOS OBJETOS INÓCUOS: MATERIALIDADE PROSAICA, VIDA COTIDIANA E ARQUEOLOGIA HISTÓRICA

THE IMPORTANCE OF INNOCUOUS THINGS: PROSAIC MATERIALITY, EVERYDAY LIFE, AND HISTORICAL ARCHAEOLOGY

Paul R. Mullins²

RESUMEN

Quizás el desafío más audaz de *Arqueología Histórica y la Importancia de los Objetos Materiales* fue su definición ambiciosa de cultura material, que podría enfrentar una amplia variedad de preguntas sociales, pero los arqueólogos históricos continúan definiendo con prudencia a los datos arqueológicos, centrándose en los detalles prosaicos de la vida cotidiana y evitando bienes anómalos. Este artículo examina las implicancias de una arqueología histórica que responde a muchos de los desafíos de la compilación de Ferguson, apuntando a la materialidad en términos generales, abordando el profundo significado social de la cultura material arqueológica aparentemente mundana y elaborando una imagen reflexiva de la vida cotidiana y la materialidad.

Palabras clave: Arqueología de lo Cotidiano, Materialidad, Objetos.

¹ Traducido por Romina Carla Rigone, Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas, CONICET, Argentina.
E-mail: rominarigone@hotmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9175-8524>.

² Department of Anthropology Indiana University-Purdue University, Indianapolis Cavanaugh Hall 413B Indianapolis, Indiana 46202.
E-mail: paulmull@iupui.edu. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0998-8196>.

RESUMO

Talvez o desafio mais ousado da *Arqueologia Histórica e a importância dos Objetos Materiais* foi a sua definição ambiciosa de cultura material, que poderia enfrentar uma ampla variedade de perguntas sociais, mas os arqueólogos históricos continuam definindo com cautela os dados arqueológicos, focando nos detalhes prosaicos da vida cotidiana e evitando bens anômalos. Este artigo examina as implicações de uma arqueologia histórica que responde a muitos dos desafios compilados por Ferguson, apontando à materialidade em termos gerais, abordando o profundo significado social da cultura matéria arqueológica aparentemente mundana e elaborando uma imagem reflexiva da vida cotidiana e da materialidade.

Palavras-chave: Arqueologia do Cotidiano, Materialidade, Objetos.

ABSTRACT

Perhaps the boldest challenge of *Historical Archaeology and the Importance of Material Things* was its ambitious definition of material culture that could confront a vast range of social questions, but historical archaeologists continue to circumspectly define archaeological data, focus on the prosaic details of everyday life, and avoid anomalous goods. This paper examines the implications of a historical archaeology that answers many of the Ferguson collection's challenges, taking aim on materiality in broad terms addressing the profound social significance of apparently mundane archaeological material culture and crafting a reflective picture of everyday life and materiality.

Keywords: Archaeology of Everyday Life, Materiality, Objects.

Lo cotidiano es la mediocridad (lo que rezaga y lo que resuena, la vida residual con que se rellenan nuestros cubos de basura y nuestros cementerios, desechos y detritus), pero sin embargo esa trivialidad también es lo más importante, si remite a la existencia en su espontaneidad misma y tal como ésta se vive, en el momento en que, al ser vivida, se sustrae a toda puesta en forma especulativa, quizás a toda coherencia, a toda regularidad.

Blanchot (1993, p. 239).

OBJETOS INOCUOS

En su introducción a *Arqueología Histórica y la Importancia de los Objetos Materiales*, Leland Ferguson (1977, p. 5) indicó que su objetivo para el simposio de 1975 era “concentrarse en el importancia de los datos arqueológicos -objetos materiales- y el potencial no desarrollado de esos datos”. Ferguson lamentó que la arqueología histórica fuera demasiado descriptiva y necesitara enfocarse en las dimensiones sociales de la cultura material, un reclamo que en la actualidad parece interesante e incómodamente relevante a la vez. Por un lado, la crítica a la arqueología empírica parece obsoleta dado que la inmensa mayoría de los académicos contemporáneos reconocen las dimensiones culturales y sociales de los objetos. Sin embargo, por otro lado, la disciplina permanece firmemente ligada a una imagen detallada y enfocada fuertemente en los patrones materiales cotidianos que a menudo están conectados escasamente o de forma poco convincente con preguntas sociales y culturales ambiciosas. Más de 30 años después, las tensiones persistentes entre las preguntas sociales amplias y el análisis fuertemente enfocado en los materiales continúan preocupando a los arqueólogos históricos que buscan crear una erudición relevante social e intelectualmente mientras preservan el conocimiento material distintivo de la disciplina sobre la vida cotidiana prosaica.

Este trabajo examina la amplia variedad de la materialidad abordada por *La Importancia de los Objetos Materiales* y confronta cómo una materialidad tan ampliamente definida podría cambiar a la arqueología afroamericana en particular y a la arqueología histórica en general. Mi interés es complicar las formas en que la repetición, los patrones y las rutinas de los materiales cotidianos son definidos en la teoría de la arqueología histórica. En particular, este trabajo explora la naturaleza dual de la vida cotidiana como un reino de opresión repetitiva e inconsciente, así como un espacio potencial para la creatividad, e incluso para la liberación. Este objetivo depende de esbozar una noción amplia de materialidad, y *La Importancia de los Objetos Materiales* proporciona un punto de partida fructífero. El libro esbozó una noción más amplia y auto-reflexiva de la cultura material, y, por ende, de la arqueología histórica -que la disciplina adoptó posteriormente. Ferguson reconoció la amplitud de los objetos materiales que razonablemente podrían convertirse en el foco de la arqueología histórica; admitiendo que el último medio milenio fue provisto de “una proliferación en constante aumento de objetos materiales. Herramientas agrícolas, cerámicas, casas, muebles, juguetes, botones, carreteras, ciudades, pueblos -la lista continúa casi indefinidamente” (Ferguson, 1977, p. 7). De hecho, la colección de 1977 albergaba una variedad de objetos relativamente únicas e idiosincráticas: banjos, casas antiguas, platos raspados, paisajes, juguetes de cereales, una iglesia masiva y cerámicas son sólo algunos de los innumerables objetos que se encontraron en las contribuciones. Los trabajos no parecían estar especialmente preocupados por las definiciones limitadas de la cultura material arqueológica como algo distinto de la materialidad más amplia. Por ejemplo, Deetz (1977, p. 10) definió ambiciosamente a la cultura material como la dimensión del mundo físico

que se configura “de acuerdo con los esquemas culturalmente impuestos”, desplazando a una amplia variedad de objetos y argumentando que los estudios de la cultura material debían convertirse en una dimensión central de todas las investigaciones antropológicas y quizás de toda la ciencia social. Henry Glassie (1977, p. 32) concluyó de manera similar que “los artefactos pueden transformarse en un sinnúmero de estructuras reveladoras de la mente”, y que los límites de la interpretación material “son trazados únicamente por la voluntad y el deseo”.

A pesar de tales opiniones, la visión posterior de la materialidad en la arqueología histórica de América del Norte ha sido bastante particularista y enfocada persistentemente en, a falta de un término más adecuado, los objetos materiales “cotidianos”. En el uso arqueológico, la ambigüedad de la materialidad “cotidiana” tiende a invocar objetos que están involucrados en patrones de comportamiento ampliamente compartidos, registrados en objetos materiales cuantitativamente comunes y en prácticas repetitivas, tales como la alimentación. El enfoque de la disciplina en la materialidad prosaica describe a la vida diaria como algo cotidiano, una existencia racional corriente y que funciona correctamente, registrada en un contexto de materialidad y de prácticas materiales comunes. Este ámbito cotidiano se compone de prácticas repetitivas, pero principalmente de prácticas implícitas, no expresadas y ligeramente codificadas.

Los objetos materiales prosaicos sin duda son propicios para una descripción amplia, y las celebraciones de lo cotidiano ofrecen a la arqueología histórica una intervención teórica y política poderosa frente a una erudición que se especializa en la cultura material de la élite, reduce la materialidad cotidiana únicamente a la incorporación ideológica o ignora por completo a la cultura material. Sin embargo, esto requiere una teoría sistemática de la vida cotidiana y de la materialidad que sitúe a los objetos prosaicos dentro de las relaciones de poder; que reflexione sobre lo que distingue a lo cotidiano (o lo opuesto); que defina a la vida cotidiana en el último medio milenio como algo distinto de una sociabilidad universal común a cada momento histórico; y que abarque una variedad más amplia de objetos materiales de los que la disciplina se ha centrado hasta el momento. La arqueología histórica corre el riesgo de enfatizar demasiado la uniformidad de la vida cotidiana, reduciendo el consumo diario a sus patrones empíricos más simples y otorgando importancia a los bienes comunes cuantificables. Lo cotidiano es verdaderamente repetitivo, pero en la arqueología histórica su banalidad corre el riesgo de ser descrita como apolítica o incluso reaccionaria al centrarse en su aparente uniformidad.

El consumo diario de lo material proporciona un enfoque que, por un lado, demuestra el éxito de la reglamentación moderna de los ciudadanos, las formas en que el comportamiento está profundamente moldeado por las instituciones y prácticas normativas que Michel de Certeau (1984, p. 48) denominó como “discursos organizadores”. Henri Lefebvre (1987, 1991) vio lo cotidiano como una dimensión de la vida que la gente no aprehende ni reconoce conscientemente, y Lefebvre argumentó que lo cotidiano se vive a través de prismas ideológicos que hacen que la vida cotidiana sea un espacio de incorporación que lleva a la dominación. Por otro lado, la cultura material revela simultáneamente las formas en que los consumidores negocian las rupturas en las normas estructurales y desafían esos discursos organizadores (Upton, 2002, p. 714). Lo cotidiano constituye prácticas mundanas que inevitablemente son el escenario de la dominación ideológica, pero esas prácticas promueven nuevas aspiraciones y ambiciones políticas que contienen las simientes de la actuación. Michel de Certeau abordó lo cotidiano como una constelación de prácticas obstinadas que nunca se asimilan completamente a las fuerzas económicas e ideológicas dominantes (Highmore, 2006, p. 106). Debido a su propia naturaleza, la vida cotidiana es una “mezcla incipiente y heterodoxa de prácticas y pensamientos fluidos, múltiples y simbólicamente densos” que están al menos parcialmente fuera de la mirada del poder

(Gardiner, 2000, p. 16). Certeau brindó situaciones concretas de creatividad y subversión dentro de la dominación existente, subrayando los límites de la racionalidad y enfocándose en cómo se revelan constantemente en las prácticas cotidianas aparentemente mundanas (Gardiner, 2000, p. 164). Esto no concibe a la vida cotidiana simplemente como “resistencia”, sino que se aproxima a lo cotidiano como aquello que no puede ser completamente reducido por las disciplinas dominantes.

Raoul Vaneigem (1979) celebró aún más radicalmente la potencial espontaneidad y el placer de la vida cotidiana, defendiéndola como un rechazo completo de los sacrificios requeridos por los deseos artificiales construidos en la sociedad de consumo moderna. Vaneigem (1979, p. 4) argumentó que todas las políticas radicales consecuentes deben provenir de la experiencia cotidiana subjetiva, proclamando que “las personas que hablan sobre la revolución y la lucha de clases sin referirse explícitamente a la vida cotidiana, sin comprender lo que es subversivo sobre el amor y lo que es positivo en el rechazo de las restricciones, tienen cadáveres en la boca”. Vaneigem (1979, p. 74) buscó posicionar la política radical en la subjetividad del deseo y de la experiencia, preguntando “¿quién puede medir la asombrosa fuerza de un ensueño apasionado, del placer de enamorarse, de un deseo incipiente, de una ráfaga de simpatía? Todos buscan extender espontáneamente esos breves momentos de la vida real; todos quieren fundamentalmente hacer algo completamente fuera de su vida cotidiana”. Vaneigem (1979, p. 162) sugirió que el consumo revelaba inevitablemente los deseos existentes y potenciales que contrarrestaban a la dominación, indicando que la capacidad de los consumidores de adoptar tales aspiraciones gira “en torno a nuestra habilidad para poner en contra del capitalismo las armas que la necesidad comercial lo ha obligado a distribuir”. Estas políticas canalizaron el deseo y la experiencia cotidianos contra la autoridad moral, las necesidades artificiales del consumidor y la separación de clases (Plant, 1992, p. 62-63). Vaneigem argumentó que una política revolucionaria genuina buscó capturar lo que la gente tiene en breves momentos de la vida cotidiana, pero esos deseos fueron mercantilizados constantemente, restringidos ideológicamente por roles dominantes o alcanzados en el mundo del consumo.

Lo cotidiano a menudo ha sido percibido como un polo opuesto a los marcos institucionales e ideológicos de la vida, un ámbito de la experiencia vivida que no puede ser contenido y es externo si no es abiertamente crítico de esos marcos estructurales dominantes (Poster, 2002, p. 743-744). Los académicos que se centran en las experiencias cotidianas generalmente lo consideran como algo informal, táctico, espontáneo y sin organización centralizada, en oposición a las esferas institucionales organizadas con objetivos concretos estratégicamente planeados que se desarrollan a lo largo del tiempo. En cualquier sociedad compleja, tal vez exista alguna dimensión básica de la vida que se mantenga alejada, si no en el exterior, de los controles estatales e institucionales, por lo que tal vez haya algo que podría calificarse de vida cotidiana, en líneas generales, en cualquier sociedad compleja. Sin embargo, la vida cotidiana tiene poco poder explicativo para la arqueología histórica si no se reconoce la especificidad histórica de la vida cotidiana y de la materialidad en el último medio milenio, cuando las distinciones entre la vida cotidiana y las esferas dominantes tales como el estado y los lugares de trabajo reflejan fundamentalmente los roles rutinarios del capitalismo y la mercantilización de creatividad humana y la agencia (Michael, 2006, p. 18). Si bien hay un valor heurístico en la polarización básica de la vida cotidiana y los marcos institucionales e ideológicos dominantes, la vida cotidiana es una unión compleja e internamente contradictoria de la experiencia vivida y de los marcos estructurales reificados (Kaplan & Ross, 1987, p. 3). La vida cotidiana en la formulación de Lefebvre (1991, p. 97), por ejemplo, fue quizás un opuesto menos polarizado que una totalidad de prácticas que fue apropiada en parte por las ideologías

estructurales, incluso cuando eludió esas influencias estructurales en formas significativas. Lefebvre veía a la vida cotidiana como fundamentalmente pasiva y caracterizada por la banalidad, pero tenía el potencial para realizar intervenciones políticas que, según Mark Poster (2002, p. 747), han trasladado a la política de los lugares de trabajo y de las estructuras estatales a ámbitos públicos y populares más amplios.

Las imágenes arqueológicas de lo cotidiano suelen utilizar descripciones densas de lo material para evocar los cimientos y patrones de objetos y prácticas comunes. Stanley South (1977), presidente de la conferencia que produjo “La Importancia de los Objetos materiales”, esperaba que la sesión de Ferguson adoptara activamente la teoría que empujara a la arqueología histórica más allá del análisis descriptivo, pero en 1988 se decepcionó al concluir que la disciplina “normalmente no se extiende más allá de los ejercicios particularistas e inductivistas en la identificación y el rotulado” (South, 1988, p. 25). South lamentó que once años después del volumen de Ferguson, la arqueología histórica todavía identificara persistentemente a los patrones de artefactos sin relacionarlos con los procesos culturales. Los enfoques arqueológicos posteriores de lo cotidiano a menudo se han centrado en la descripción de patrones y evadieron objetos anómalos que no parecen ajustarse a las tipologías de los artefactos funcionales, no se han considerado como especialmente significativos o simplemente como no debidamente “arqueológicos”. Los arqueólogos históricos generalmente han visto precavidamente a los objetos contemporáneos, a los bienes recuperados con poca frecuencia o a los objetos idiosincrásicos como completamente “arqueológicos”. En 2001, por ejemplo, Charles Cleland (2001, p. 5) se quejó de que “gran parte de lo que parece ser arqueología histórica no es arqueología. Parece perfectamente aceptable escribir o presentar trabajos que no involucren excavaciones o incluso artefactos”. El resultado es que buena parte del pedido del libro de Ferguson de 1977 acerca de una materialidad ampliamente definida que incluya a cualquier objeto es aceptado en teoría, pero en la práctica sigue siendo poco común.

LA POLÍTICA BANAL DEL *BRIC-À-BRAC*

El *bric-à-brac* fue una clase de objetos que rara vez desempeña un papel importante en las interpretaciones de las colecciones a pesar de ser comentadas constantemente en la literatura de la época e interesando habitualmente al público contemporáneo y a los arqueólogos por igual. Los objetos etnográficos, los elementos de la naturaleza y artesanías fueron exhibidos en vitrinas de curiosidades desde el siglo XVIII, y las curiosidades producidas en forma masiva se unieron a esas vitrinas en el siglo XIX. La mayoría de los artefactos arqueológicos clasificados como *bric-à-brac* son estatuillas, y aunque se han fabricado varios tipos de figuras en miniatura desde la prehistoria, ellas se produjeron en forma masiva en el siglo XIX. Las figuras capturan dimensiones familiares de la realidad reconocible -personas, animales, lugares, objetos- pero reproducen esa realidad en formas estética e ideológicamente distorsionadas que sintetizan el complicado simbolismo de la experiencia vivida simultáneamente en una estética espectacular y a una escala totalmente prosaica. En su estudio de las miniaturas, Ralph Mills (2010, p. 11) argumenta que la escala y el simbolismo aparentemente familiar del *bric-à-brac* proporcionan una seguridad prudente y un sentido del orden que invita a los consumidores a imaginar realidades aparentemente alternativas, lo que hace que las miniaturas sean mecanismos defensivos contra las dificultades experimentadas. Los *bric-à-brac* son inocuos en el sentido de que eran objetos corrientes, generalmente económicos y muy pequeños que representaba temas conocidos en formas estéticas

aprehensibles, pero esa apariencia prosaica alentaba a los consumidores a proyectar una imaginación y deseos significativos en esos objetos.

Como casi todos los objetos prosaicos, el *bric-à-brac* producido en forma masiva es una dimensión material de la vida que es intrínsecamente imprecisa, en gran medida imperfecta e indirectamente introducida en las palabras y en la conciencia. El atractivo simbólico del *bric-à-brac* fue definido ampliamente, con algunos objetos que implican el refinamiento de clase del arte elevado y otros que evocan más firmemente el exotismo cultural, las relaciones con la naturaleza, el nacionalismo y el patrimonio. En 1867, por ejemplo, *The Albion* (1867, p. 218) emitió una definición excepcionalmente amplia del *bric-à-brac* basada en sus dimensiones “artísticas”, incluyendo “todo lo que es precioso y bello, así como mediocre en el arte, ya fueran imágenes, porcelana, marfil o madera, terracota, miniaturas, joyas o platos”. H. Byng Hall (1875, p. 7) se refirió a los bienes producidos en forma masiva como “arte industrial”, y gran parte del atractivo del *bric-à-brac* fue su posición deliberadamente liminal entre los productos industriales y el arte elevado. Hall argumentó sobre tales objetos: “si los buenos especímenes [son] obras del arte más refinado”, una posición que confundió la noción de arte como producto de creatividad única y admitió a los objetos producidos en forma masiva en el ámbito de la autenticidad estética y significativa del simbolismo social. En 1853, un observador incluso insinuó que la porcelana de Paros, producida en forma masiva, mejoró los materiales naturales utilizados por los artistas, indicando que “el color de la pasta de Paros está maravillosamente adaptado a las estatuas, y la suavidad de su tono supera a la del mármol más fino” (Richards, 1853, p. 131). Las estatuas de porcelana de Paros, exhibidas en la Gran Exposición de 1851, adoptaron motivos de los Mármoles de Elgin y de objetos recuperados en Pompeya, pero otros ejemplos de *bric-à-brac* no se crearon tan firmemente como piezas de “arte elevado”, tales como las diversas figuras de animales en el mercado (*The Royal Commission*, 1851; Barber, 1893). Cuando en 1887 fue subastada la enorme colección de *bric-à-brac* de Henry Ward Beecher, ella incluía motivos tan variados como un busto de Ulysses S. Grant, una estatuilla de Shakespeare, cientos de contenedores de porcelana china y japonesa, y numerosas estatuillas de gatos, perros, monos, tortugas y otros animales (Kirby, 1887). Para los ideólogos decorativos, el *bric-à-brac* admitió productos selectos en el ámbito del arte, pero en ese sentido fue ideológicamente inclusivo porque no amenazaba el estatus del arte en sí.

A pesar de los discursos abundantes de la época sobre el *bric-à-brac*, ellos a menudo se ignoran arqueológicamente. Esto quizás se deba a que se recupera en cantidades moderadas, ya que la mayor parte de la cultura material ornamental no se rompía en la misma proporción que los objetos manipulados frecuentemente como la vajilla; sin embargo, muchos otros objetos que se recuperan en cantidades muy pequeñas son consideradas, justificadamente, en la arqueología. Los arqueólogos han valorado rutinariamente la materialidad predominantemente cuantitativa de los objetos y de las prácticas que son menos comunes en el registro arqueológico. Esto ha producido una rica imagen de los patrones cotidianos, pero paradójicamente proporcionó poco sentido de las numerosas idiosincrasias de la vida cotidiana. Las cantidades modestas de *bric-à-brac* y sus idiosincrasias simbólicas desafían el análisis sencillo, por lo que a menudo es enterrado en las profundidades de un registro de artefactos o aparece como un objeto curioso cuya fotografía adorna un informe técnico que de otra manera sería aburrido.

El *bric-à-brac* es típico de los bienes cotidianos que, en gran medida, quedaron fuera de las ideologías materialistas que giran en torno a los artículos de lujo, productos de la alta moda y estilos novedosos, y son esas ideologías materiales las que han impulsado las narrativas históricas occidentales de la vida del consumidor, y también del análisis arqueológico (Owens *et. al.*, 2010, p. 213). El *bric-à-brac* es en realidad relativamente

similar al flujo de productos prosaicos que integran los conjuntos arqueológicos, pero su rico simbolismo y su difícil incorporación en la mayoría de las tipologías arqueológicas corren el riesgo de volverlo anómalo. Los arqueólogos a menudo ignoran patrones materiales poco comunes y prácticas anómalas que proporcionan puntuación idiosincrática a la vida cotidiana, pero esa materialidad a primera vista que no “tiene sentido” alberga algunas de las ideas más significativas de la disciplina. Amy Gazin-Schwartz (2001, p. 266) argumenta que las definiciones de anomalía de los arqueólogos simplemente revelan nuestras suposiciones metodológicas, sociales y disciplinarias acerca de los patrones que consideramos que la cultura material debería revelar. En los términos funcionales más rudimentarios, el *bric-à-brac* es fácil de definir, pero considerar a tales productos simplemente como objetos “decorativos” ignora toda su carga simbólica y no consigue comprender que una amplia variedad de productos, desde vajillas hasta conchillas marinas, fueron mecanismos estéticos e ideológicos en las casas victorianas.

Los arqueólogos habitualmente consideran con precisión sobre lo que un objeto debía simbolizar a los ojos de los productores o los consumidores, o a reducir a los objetos a su nivel funcional, pero los significados y las funciones literales del *bric-à-brac* fueron intencionalmente ambiguos e idiosincráticos. Los consumidores tal vez invocaban los significados culturales del arte elevado cuando decoraban sus hogares con jarrones de porcelana de Paros, y los productos exóticos fabricados en forma masiva o en el extranjero evocaban lugares globales y culturas distantes, pero precisamente lo que esos conceptos significaban para cada hogar era bastante variable. La lógica de representación del *bric-à-brac* era similar a los simulacros, que se disfrazaban como una copia fiel de algo auténtico, pero enmascaraban y pervertían la realidad o no representaban para nada algo real (Baudrillard, 1988, p. 170). El *bric-à-brac* se comercializó más ampliamente en un momento en que la estética de los productos comenzó a reproducir imágenes en forma masiva, nublando la distinción entre realidad y representación, así como entre lo auténtico y las mercancías. Esa ambigüedad representativa fue un atractivo central de estos objetos (y de muchos otros productos), y eso se aparta de la noción de que los consumidores adquirirían bienes para “comunicar” fundamentalmente determinadas clases de significados. El *bric-à-brac* se consumía habitualmente sin un motivo concreto, además de su capacidad para evocar el simbolismo generalizado que los consumidores consideraban los empoderaba en sus propias imaginaciones, y en las imaginaciones de los demás. En este sentido, como con todos los objetos materiales, los significados del *bric-à-brac* nunca podrían estar completamente contenidos por el simbolismo dominante y los marcos ideológicos. El significado de los objetos fue constantemente modelado por experiencias y deseos espontáneos sumamente contextualizados, incluso cuando los marcos ideológicos de la cultura del consumidor y los límites de las identidades dominantes tiraban en dirección contraria, aspirando a restringir los deseos cotidianos que podrían alterar la disciplina material y social.

BRIC-À-BRAC Y LA SEGREGACIÓN RACIAL

En manos de los afroamericanos, el *bric-à-brac* se apropió del simbolismo refinado que habitualmente se consideraba exclusivamente para los blancos, por lo que aseguró una posición establecida en la cultura de consumo. En 1897, por ejemplo, el obispo afroamericano W. J. Gaines (1897, p. 178-179) sugirió que tales bienes tenían un efecto “civilizador”, argumentando que “los negros más inteligentes están comenzando a reconocer la influencia del arte como un factor para mejorar sus hogares. Están comenzando a comprender su

efecto educativo, su tendencia hacia el refinamiento y elevación. ...Me ha sorprendido y gratificado la exposición de imágenes, *bric-à-brac* y ornamentaciones de diversos tipos que adornan estos hogares. Esto muestra que las mentes mejor informadas de mi raza ya han pasado de los estadios de la semi-barbarie en la que nos encontró la emancipación, y se están abriendo a las susceptibilidades de la vida civilizada”. Para Gaines y muchos observadores refinados, el “arte” evocaba la educación, las raíces culturales, el estilo y la clase, de maneras que invocaba explícitamente los estándares ideológicos dominantes, y la materialidad artística distanciaba implícitamente a los consumidores afroamericanos de las caricaturas racistas que se encontraban en el centro de esos estándares.

Tales bienes modestos atrajeron a los consumidores afroamericanos a una amplia variedad de ideologías que a menudo se consideraban exclusivas del color de la piel y la clase. Por ejemplo, a principios del siglo XX en Indianápolis, el hogar de Ruben y Sallie Jones en el Estado de Indiana, incluía una estatuilla relativamente típica de un gato que utilizaba a la domesticación y a la disciplina de los animales como modelo para el propio comportamiento en los hogares refinados. Los vecinos de la familia Jones, en la calle California, tenían estatuillas de cerámica de animales en una colección de fines de la década de 1890, y la estatuilla de un perro fue un modelo de disciplinamiento similar, con el pelo impecablemente peinado, un elegante lazo dorado y una pose amable que aspiraba a demostrar el poder de la disciplina refinada (Figura 1). Las estatuillas humanas también modelaron habitualmente las mismas disciplinas refinadas. Por ejemplo, ca. 1880-1920 la granja Vaal Krans ubicada en Sudáfrica tenía una estatuilla de un marinero elegantemente vestido que rompe significativamente con la imagen estereotípica de los marineros (Figura 2). El ordenado cabello rubio, la boina y el pañuelo de la figura acentuaban los efectos civilizadores de la materialidad y el poder disciplinario de las prácticas refinadas, que podían aportar los animales y los marineros por igual a la cultura victoriana. Tal modelado invocaba un ideal disciplinario ambiguo, en gran medida indefinido, contra el cual los consumidores se evaluaban a sí mismos. En ese sentido, el *bric-à-brac* planteaba indirectamente un ideal de comportamiento que era “real” para los consumidores que reconocían su distancia de la tendencia dominante idealizada, pero no existía realmente un ideal o tendencia dominante especialmente clara en la vida real.



Figura 1. Este perro de buen comportamiento fue recuperado acompañado con un sombrero de cristal. El perro fue esencialmente un modelo de comportamiento para una familia de Indianápolis en el cambio de siglo, con su vestimenta, estilo, conducta y dignidad implícita posando como modelo para sus consumidores humanos (Fotografía del autor, 2010).



Figura 2. La estatuilla del marinero, en la esquina superior izquierda, se encontró entre una modesta colección de baratijas incluyendo muñecas y juguetes encontrados ca. 1880-1920 en la granja Vaal Krans en Sudáfrica (Fotografía de Gerda Coetzee, 2010).

Algunos *bric-à-brac* fueron menos un modelo disciplinario que una crítica indirecta a las complejidades sociales no denominadas. Por ejemplo, una estatuilla ca. 1920-1940 en la Granja de Arrendamiento Wilson en el condado de New Castle, en Delaware, combinó los motivos de un niño sentado en una cerca y un pequeño gatito juguetero, invocando doblemente una inocencia excesivamente sentimental que apareció en las estatuillas desde finales del siglo XIX en adelante (Affleck *et al.*, 2010, p. 728). Para algunos, esta noción de inocencia infantil era una crítica social indirecta a un mundo público que muchos consumidores veían como desfamiliarizado, antagónico y para nada inocente. Las imágenes pastoriles a menudo realizaban una crítica similar a las estatuillas inocentes, atacando la complejidad material y social de la sociedad industrial con motivos agrarios romantizados, de una forma un tanto incongruente con los bienes producidos masivamente (Figura 3). Si un consumidor no expresó esa crítica, el consumo de ese objeto podría interpretarse como absorción ideológica en lugar de una crítica reflexiva. Sin embargo, en la mayoría de los casos, tal simbolismo social se deslizaba a lo largo de los límites entre la absorción y la resistencia a medida que los objetos asumían significados constantemente emergentes y relativamente inarticulados. Esto es típico de la tensión dentro del consumo material cotidiano, que es una relación simbiótica entre, por un lado, una ideología instrumentalmente racional enraizada en una amplia estructura social y de clase y, por otro lado, un simbolismo emotivo, creativo e idiosincrásico conferido por contextos específicos, e incluso por agentes individuales (Campbell, 1987). La novedad estética y el simbolismo ambiguo del *bric-à-brac* alimentaron el deseo creativo que permitía a los consumidores imaginar vidas muy diferentes, pero al mismo tiempo era un mecanismo de incorporación dentro de los estándares ideológicos dominantes e integradores. El *bric-à-brac* era típico de las prácticas cotidianas que estaban firmemente situadas dentro de los marcos estructurales dominantes, incluso cuando contenían las semillas para las intervenciones contra esos mismos marcos.



Figura 3. Esta estatuilla fue recuperada ca. 1890 en un depósito en Maynard-Burgess, en una casa de una familia afroamericana en Annapolis, Maryland. La imagen romantizada de una niña campesina fue relativamente típica de la estética sentimental del bric-à-brac que contrastaba con la vida industrial urbana de la sociedad victoriana (Fotografía del autor, 2003).

Al adoptar el simbolismo dominante, el *bric-à-brac* de los afroamericanos planteó una amenaza indirecta a las ideologías racistas. En 1906, por ejemplo, Harry Stillwell Edwards (1906, p. 212) expresó una agradable sorpresa al visitar una casa de afroamericanos en Georgia, donde “los pisos estaban alfombrados, las paredes blancas tenían cuadros colgados, las repisas y las mesas tenían bric-à-brac. En una habitación había un órgano de salón, en otra una máquina de coser, y en otra un piano, donde una niña se sentaba a practicar.” Edwards (1906, p. 213) evidenció, en lo que parecía una materialidad doméstica mundana, una imagen temida por los ideólogos raciales, argumentando que “La felicidad de ser propietario de una casa golpea al estadounidense negro con una fuerza peculiar. Los siglos le han enseñado que las personas que infunden respeto son los dueños de las tierras y las casas; y una vez en su propio hogar, el hogar comienza a enseñarle cosas más elevadas.... Se ha convertido en el hogar de un ciudadano estadounidense respetable. Y después de haberse asegurado un hogar permanente, el poseedor se suma a la clase alta y exige que los ciudadanos a su alrededor compartan el respeto que siente por sí mismo.”

Para los consumidores afroamericanos, estos objetos domésticos prosaicos fueron significativos como muestra de la ambición de clase en contra del racismo. Las implicaciones de tales bienes ciertamente fueron reconocidas por los observadores blancos. Una novela de 1890 de William Henry Holcombe (1890, p. 84-85) contaba la historia de una mujer que visitaba la casa de un afroamericano, donde fue “conducida a un pequeño salón.... Paredes bien empapeladas, pisos alfombrados, un sofá y sillas cómodas, una mesa central con una gran Biblia y un gran álbum de fotografías de la familia, cromos sobre la repisa y una abundancia de porcelana *bric-à-brac* por todas partes, todo relatava la historia de una imitación ambiciosa y exitosa del hombre blanco. En la carrera con la facultad imitativa, consciente de sus deficiencias, ansiosa por superarlas y con un buen modelo ante sí, su progreso futuro es seguro.” Con este comentario se redujo al consumo afroamericano como “imitativo” y se mantuvo claramente la superioridad refinada de los blancos, pero reconociendo el poder que tales objetos habituales tenían para modelar la domesticidad. Los consumidores afroamericanos siempre se

posicionaron en relación con las representaciones racistas que construyeron la identidad negra en formas ideológicas particulares, y los productos proporcionaron una materialidad vívida y concreta que erosionó, si no desafió, a esas convenciones narrativas racistas.

El atractivo ideológico de un hogar refinado adecuado fue de amplio alcance en relación a la clase, color de piel y fronteras internacionales por igual. Por ejemplo, el análisis de Eleanor Casella & Sarah Croucher (2010) de las casas rurales cerca de Manchester, Inglaterra, ilustra cómo los hogares rurales modestos participaron de forma muy activa en la cultura de consumo de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, aprovechando productos que fabricaban nociones ideológicas particulares del espacio doméstico. Una de las cabañas perteneciente a la clase trabajadora que examinaron Casella & Croucher (2010, p. 123) incluso tenía un piano en su modesto salón, y muchas de las casas vecinas contenían productos victorianos como revestimientos para el piso, muebles, *souvenirs* y *bric-à-brac* decorativos que materializaron colectivamente la imagen ideológica de un hogar victoriano. Lo que tales objetos realmente significaban para los hogares que los adquirieron fue inevitablemente idiosincrásico, dinámico y altamente contextualizado, pero el *bric-à-brac* no se trata tanto de reflexiones concretas acerca de la identidad del consumidor y del simbolismo material como de las aspiraciones; es decir, las estatuillas ilustran cómo los consumidores se imaginaban a sí mismos tanto en relación a sus experiencias concretas como a la noción ideológica de una tendencia social victoriana dominante. Las estatuillas posicionaron a los consumidores dentro (y a veces en contra) de la visión ideológica dominante de la sociedad victoriana refinada, y esa posición y aspiraciones proyectadas en el *bric-à-brac* reflejaban tanto las experiencias vividas distintivas de los consumidores como sus visiones socialmente específicas en una estructura social más amplia.

La riqueza simbólica de las baratijas quizás es considerable, pero la mecánica del deseo material cotidiano del *bric-à-brac* no es radicalmente diferente de aquellas proyectadas en cualquier producto. El simbolismo de los objetos prosaicos rara vez es elocuente, y generalmente no tiene tanto que ver con la función, la confirmación de una identidad o un estado económico estrictamente definido, o el apego a estilos dominantes que propone el análisis arqueológico. Las colecciones materiales son a menudo indicativas de cómo se imaginaban los consumidores a sí mismos, más que una muestra clara de una identidad intrínseca o un simbolismo dominante. Los consumidores normalmente no tienen una comprensión particularmente instrumental sobre cómo un bien determinado describirá a su poseedor como rico, culto, refinado o ideológicamente conveniente. Esto no significa que el deseo del consumidor sea simplemente creatividad ilimitada desconectada de contextos sociales más amplios y de la ideología dominante (Wurst & McGuire, 1999). En cambio, tiende a ser incipiente, idiosincrático y espontáneamente negocia y resiste las prácticas dominantes, incluso cuando reproduce algunas de sus ideologías subyacentes. Michael Dietler (2005, p. 64-65) argumenta que el consumo es “un proceso de improvisación estructurada que materializa continuamente el orden cultural al mismo tiempo que trata con objetos y prácticas extraños mediante la apropiación transformadora y asimilación, o el rechazo.” En este sentido, el deseo del consumidor es un proceso dinámico y creativo que se posiciona social, cultural e históricamente.

La política del *bric-à-brac* adoptó formas complicadas, incluso al retratar motivos partidistas. Por ejemplo, un busto de estaño del presidente Grover Cleveland fue recuperado en un hogar afroamericano en el condado de Montgomery, Maryland, cuyos residentes en las afueras de la ciudad de Washington tenían trabajos

modestos como empleados domésticos (Furgerson, 2011; Schablitsky, *en este libro*³) (Figura 4). La numerosa colección de bienes decorativos de la casa fue conservada debido a un incendio alrededor de 1916, dejando una colección inusualmente completa que incluía 96 artefactos que los excavadores identificaron como baratijas (incluyendo macetas y en términos generales objetos decorativos, así como estatuillas). Los artefactos políticos de la colección describen una imagen interesante acerca de la ambición política y del optimismo afroamericano como consecuencia de la emancipación. La colección incluyó un medallón de la campaña Lincoln-Hamlin de 1860, que fue una elección en la que los afroamericanos ni siquiera podían votar, pero en la que tanto los negros libres como los esclavos ciertamente reconocieron su interés en la política partidaria, y la atracción de la familia afroamericana por Lincoln no habría sido poco común. En contraste, el busto de Grover Cleveland es algo más problemático como declaración política partidista. Cleveland fue un demócrata que condujo a Maryland y al sur en 1884, 1888 y 1892, ganando las elecciones nacionales en 1884 y 1892 – Cleveland siempre condujo al sur mientras que los republicanos siempre condujeron al norte, y su registro racial mediocre y su consideración hacia los sureños restablecieron los códigos racistas tras la Guerra Civil, que ciertamente aumentaron su popularidad en el sur. Si se hubieran recuperado individualmente, los dos objetos podrían interpretarse de maneras muy diferentes vinculando la posición de los afroamericanos con conjuntos contrastantes de políticas partidarias, sociales y segregación racial. Considerados juntos, las piezas de Lincoln y Cleveland podrían interpretarse en sentido estricto como declaraciones incompatibles de afiliación partidaria, pero en cambio subrayan el interés afroamericano en la política: los afroamericanos tenían esperanzas en el potencial de la democracia, e incluso en su práctica de fines del siglo XIX o en los candidatos específicos que los partidos políticos ofrecían. Quizás también sea revelador que el medallón de 1860 todavía estaba en la casa después de más de 50 años de la elección de Lincoln, y el busto de Cleveland tenía más de 20 años. Su conservación a largo plazo en el hogar sugiere que ellos evocaron el potencial ideal de la democracia más que cualquier apego particular a la postura de un político o de un partido específico.

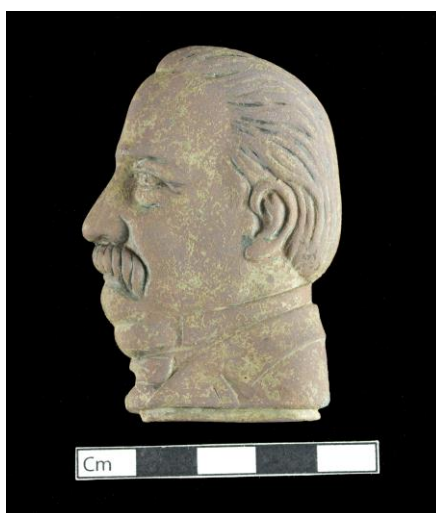


Figura 4. Este busto de estaño de Grover Cleveland fue recuperado en un depósito afroamericano de fines del siglo XIX en el condado de Montgomery, Maryland. Cleveland fue un demócrata que condujo a Maryland y al sur en 1884, 1888 y 1892, pero nunca apoyó posiciones que favorecieran a los afroamericanos (Fotografía de Kathy Furgerson; cortesía de Administración de Autopistas del Estado de Maryland, 2010).

³ Nota de la traductora (N. de la T.): J. M. Schablitsky & M. P. Leone (Eds.) (2012). *Historical Archaeology and the Importance of Material Things II*. Missoula, MT: Society for Historical Archaeology.

Ciertamente, muchos consumidores colocaron sus ambiciones políticas y sociales en los objetos, pero como la mayoría de la materialidad cotidiana, la política fue estratégica, relativamente espontánea y siempre emergente, por lo que se separa significativamente de la política estratégica de las ambiciones orientadas a objetivos que se prolongan en el tiempo. El *bric-à-brac* subraya el significado social y político de la cultura material banal y aparentemente trivial, destaca la política incipiente del deseo proyectado en la materialidad cotidiana mientras que obliga a los arqueólogos a repensar las nociones heredadas del significado material y simbolismo. El consumo del *bric-à-brac* no es un fuerte desafío para las bases ideológicas del capitalismo de consumo, pero si tomamos en serio la noción del deseo cotidiano, es más significativo y contiene las simientes de la crítica radical, e incluso de la intervención. El deseo imaginativo y espontáneo proyectado en los objetos aparentemente inocuos ilustra el poder de la cultura del consumidor para subordinar a los consumidores, incluso cuando corre el riesgo de aceptar los deseos cotidianos que desafían a los roles, a las ideologías y a la alienación estructural en el corazón de esa misma sociedad. Vaneigem (1979, p. 91-92) insinuó el potencial revolucionario del deseo del consumidor, indicando que “el consumo de bienes -que siempre se reduce, en el estado actual de las cosas, al consumo de poder- lleva consigo las simientes de su propia destrucción y las condiciones de su propia trascendencia.” Sin embargo, se mostró escéptico respecto de la revolución del consumidor y desconfiaba “de que, a medida que se liberaran gradualmente de los imperativos de la producción, las personas debían quedar atrapadas por las nuevas obligaciones del consumidor. Facilitando el páramo del ‘ocio’ a una creatividad liberada finalmente gracias a la reducción de las horas laborables, nuestros amables apóstoles del humanismo en realidad solo están formando un ejército adecuado para el entrenamiento en el patio de armas de una economía basada en el consumo” (Vaneigem, 1979, p. 111). En este sentido, una arqueología del deseo del consumidor vería precavidamente a las libertades prometidas por el consumo, pero tomaría en serio el simbolismo altamente contextual, e incluso el individual, de los objetos, enfatizando la espontaneidad, el placer y la inmediatez vivida. En lugar de enmarcar al simbolismo del consumidor solo en términos de su relación con los significados materiales dominantes o las identidades sociales, una arqueología del deseo del consumidor debería examinar cómo las personas fundamentalmente se pierden en los objetos, buscando siempre una subjetividad basada en su propia experiencia y deseos. La arqueología implica un análisis metodológicamente sistemático, un paso alejado de esa experiencia cotidiana y propensa a las distorsiones de los marcos de conocimiento dominantes racionalizados, pero Vaneigem (1979, p. 113) aconseja a los académicos que “intenten incorporar un elemento de autocritica constante, de modo de hacer que el trabajo de cooptación sea un poco más difícil de lo habitual.”

La arqueología histórica tiene un enorme poder para examinar los detalles de la vida material cotidiana, esos patrones que se han vuelto invisibles pero están cargados de simbolismo social y cultural. Sin embargo, una obsesión en los patrones y procesos más frecuentes, la supresión arbitraria de cierta materialidad y la reticencia a adoptar la política incipiente pero consecuente de lo cotidiano, corre el riesgo de socavar la rica imagen de la vida cotidiana que la arqueología puede ilustrar. Al igual que todos los bienes materiales, las estatuillas fueron mecanismos de deseo y no simplemente reflejos de la función y la posición social definidas de forma restringida, por lo que su consumo potencialmente contiene ideas sobre las dimensiones esenciales del deseo cotidiano que la ideología configura profundamente pero que nunca puede controlar o contener por completo. Los arqueólogos han creado un nicho disciplinario distintivo sumamente centrado en imágenes de patrones materiales habituales, pero como la vida misma, esas imágenes corren el riesgo de ser aburridas e irrelevantes sin discutir claramente sus vínculos con influencias estructurales y globales, que diseccionan

simultáneamente las idiosincrasias dentro de cada conjunto de materiales. *La Importancia de los Objetos Materiales* subrayó con mucha firmeza la riqueza que la arqueología puede producir cuando su atención abarca una amplia variedad de cultura material que es interpretada de manera crítica, rigurosa y creativa, y es esa noción expansiva, aunque ignorada por mucho tiempo, la que aún puede albergar las ideas más interesantes de la arqueología histórica.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Julie Schablitsky y Mark Leone por invitarme a contribuir en el libro y proporcionar comentarios sobre varios borradores. Chris Matthews y Joe Joseph me brindaron consejos detallados sobre el último borrador. Gracias a los numerosos colegas que han compartido sus datos *bric-à-brac* y discutieron estas ideas, incluidos Richard Affleck, Varna Boyd, Geoff Carver, Gerda Coetzee, Pete Connelly, Jake Crockett, Sarah Croucher, Emma Dwyer, Jack Eastman, Kathy Furgerson, Erica Gibson, Ryan Gray, Amanda Naught, Lori Lee, Ralph Mills, Jeff Oliver, Jim Symonds, John Triggs, Mark Warner, Jane Webster, y Timo Ylimaunu. Versiones preliminares de este trabajo fueron presentados así como se beneficiaron significativamente de los comentarios en la conferencia de 2010 Contemporary and Historical Archaeology in Theory (CHAT); University of Aberdeen Northern Archaeology Research Seminar Series; University of York Department of Archaeology Seminar; y Newcastle University School of Historical Studies Seminar. Los subsidios para esas presentaciones fueron provistos por Overseas Conference Fund Grant de Indiana University Office of the Vice President of International Affairs. Cualquier defecto de este trabajo es completamente mi culpa a pesar de tantos buenos consejos.

BIBLIOGRAFÍA

- Affleck, Richard M., Mera Kaktins, Meta Janowitz, Patricia Miller, and Ingrid Wuebber (2010). *At the Road's Edge: Final Archaeological Investigations of the Wilson Farm Tenancy Site (7NC-F-94), Middletown, New Castle County, Delaware*. URS Corporation, Burlington, New Jersey.
- The Albion (1867). Bric-a-Brac Hunting. *The Albion* 45(19):218.
- Barber, Edwin Atlee (1893). *The Pottery and Porcelain of the United States*. G.P. Putnam's Sons, New York.
- Baudrillard, Jean (1988). *Jean Baudrillard: Selected Writings*. Stanford University Press, Stanford, California.
- Blanchot, Maurice (1993). *The Infinite Conversation*. Originally published 1969. Translated by Susan Hanson. University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Campbell, Colin (1987). *The Romantic Ethic and the Spirit of Modern Consumerism*. Basil Blackwell, Cambridge, Massachusetts.
- Casella, Eleanor Conlin and Sarah K. Croucher (2010). *The Alderley Sandhills Project: An Archaeology of Community Life in (Post-) Industrial England*. Manchester University Press, Manchester, UK.
- Cleland, Charles E. (2001). Historical Archaeology Adrift? *Historical Archaeology* 35(2):1-8.
- Coetzee, Gerda C. J. (2011) Settlement patterns and material culture: A Historical Archaeological study of the farm Vaale Krans in the Venterstad district. Unpublished Master's Thesis, University of South Africa.
- de Certeau, Michel (1984). *The Practice of Everyday Life*. University of California Press, Berkeley.

- Deetz, James (1977). Material Culture and Archaeology—What's the Difference? In *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*, Leland Ferguson, editor, pp.9-12. The Society for Historical Archaeology, Special Publication Series No.2.
- Dietler, Michael (2005). The Archaeology of Colonization and the Colonization of Archaeology: Theoretical Challenges from an Ancient Mediterranean Colonial Encounter. In *The Archaeology of Colonial Encounters: Comparative Perspectives*, Gil J. Stein, editor, pp.33-68. School of American Research Press, Santa Fe, New Mexico.
- Edwards, Harry Stillwell (1906). The Negro and the South. *The Century* 72(1):212-215.
- Ferguson, Leland (1977). Historical Archaeology and the Importance of Material Things. In *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*, Leland Ferguson, editor, pp.5-8. The Society for Historical Archaeology, Special Publication Series No.2.
- Furgerson, Kathleen, Varna Boyd, Carey O'Reilly, Justin Bedard, Tracy Formica, and Anthony Randolph, Jr. (2011). Phase II and III Archaeological Investigations of the Fairland Branch Site and the Jackson Homestead (Site 18MO609), Montgomery County, Maryland. Report to Maryland State Highway Administration, Baltimore, from URS Corporation, Gaithersburg, Maryland.
- Gaines, W. J. (1897). *The Negro and the White Man*. A.M.E. Publishing House, Philadelphia, Pennsylvania.
- Gardiner, Michael E. (2000). *Critiques of Everyday Life*. Routledge, New York.
- Gazin-Schwartz, Amy (2001). Archaeology and Folklore of Material Culture, Ritual, and Everyday Life. *International Journal of Historical Archaeology* 5(4):263-280.
- Glassie, Henry (1977). Archaeology and Folklore: Common Anxieties, Common Hopes. In *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*, Leland Ferguson, editor, pp.23-35. The Society for Historical Archaeology, Special Publication Series No.2.
- Hall, H. Byng (1875). *The Bric-a-Brac Hunter*. Chatto and Windus, London.
- Highmore, Ben (2006). *Michel de Certeau: Analysing Culture*. Continuum Books, London.
- Holcombe, William H. (1890). *A Mystery of New Orleans: Solved by New Methods*. JB Lipincott, Philadelphia, Pennsylvania.
- Kaplan, Alice and Kristin Ross (1987). Introduction. *Yale French Studies* 73:1-4.
- Kirby, Thomas E. (1887). *Catalogue of the Bric-a-Brac, Rare Oriental Rugs, Oil Paintings, Furniture, Fine Curtains, Large Collection of Fine Old Engravings and Etchings and the Valuable Library Belonging to the Estate of the Late Rev. Henry Ward Beecher*. American Art Association, New York.
- Lefebvre, Henri (1987). The Everyday and Everydayness. *Yale French Studies* 73:7-11.
- Lefebvre, Henri (1991). *The Critique of Everyday Life*. 2nd ed. Verso, London.
- Michael, Mike (2006). *Technoscience and Everyday Life: The Complex Simplicities of the Mundane*. Open University Press, New York.
- Mills, Ralph (2010). Miniatures in Historical Archaeology: Toys, Trifles, and Trinkets Re-Examined. Master's Dissertation, School of Archaeology and Ancient History, University of Leicester, Leicester, UK.
- Owens, Alastair, Nigel Jeffries, Karen Wehner, and Rupert Featherby (2010). Fragments of the Modern City: Material Culture and the Rhythms of Everyday Life in Victorian London. *Journal of Victorian Culture* 15(2):215-225.
- Plant, Sadie (1992) *The Most Radical Gesture: The Situationist International in the Postmodern Age*. Routledge, New York.
- Poster, Mark (2002). Everyday (Virtual) Life. *New Literary History* 33(4):743-760.
- Richards, William C. (1853). *A Day in the New York Crystal Palace*. G.P. Putnam and Company, New York.

- The Royal Commission (1851). *Great Exhibition of the Works of Industry of all Nations, 1851, Official Descriptive and Illustrated Catalogue*. Volume 2. Spicer Brothers, London.
- South, Stanley (1977). Foreword. In *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*, Leland Ferguson, editor, pp.1-2. The Society for Historical Archaeology, Special Publication Series No.2.
- South, Stanley (1988). Whither Pattern? *Historical Archaeology* 22(1):25-28.
- Upton, Dell (2002). Architecture in Everyday Life. *New Literary History* 33(4):707-723.
- Vaneigem, Raoul (1979). *The Revolution of Everyday Life*. Originally published 1967. Translated by John Fullerton and Paul Sieveking. Rising Free Collective, London.
- Wurst, LouuAnn and Randall H. McGuire (1999). Immaculate Consumption: A Critique of the “Shop till you Drop” School of Human Behavior. *International Journal of Historical Archaeology* 3(3):191-199.